

Editorial

¡Felicidades! queridas químicas y queridos químicos que os asomáis a este primer número del Año Internacional de la Química. Es realmente algo grande para todos nosotros pensar que a lo largo y ancho de este ya pequeño planeta, se multiplican los actos para celebrar que la Unesco haya declarado el año 2011 Año Internacional de la Química, para recordar un hecho trascendente, me atrevería a decir que no solo en la historia de la Química, sino en la historia de la humanidad: el premio Nobel de Química concedido a Marie Curie en 1911. Primero porque premiaba la detección, aislamiento y caracterización de dos nuevos elementos químicos con un portentoso poder radiactivo, segundo porque este gran descubrimiento era el resultado de la tenacidad e inteligencia de una gran mujer, y tercero, porque era la primera vez que un Premio Nobel científico se concedía a alguien que ya estaba en posesión de uno, aunque ese primer premio fuese en Física. Cien años después aquí estamos contemplando una evolución de la Química que no solo ha sido portentosa, sino simplemente inimaginable aún por las mentes más osadas. Que duda cabe que este desarrollo ha ido también acompañado de resultados secundarios no siempre deseados o deseables, lo que en terminología bélica, lamentablemente muy de actualidad, se designarían como *daños colaterales*, empañando en parte la deslumbrante trayectoria de nuestra disciplina en el último siglo, y llevando a muchos ciudadanos de todo el mundo a tener una visión negativa de todo lo que suena a química y a ver todo lo que con ella se relaciona, con un injustificado recelo. Por eso, en mi humilde opinión, el lema elegido para presentar este Año Internacional en sociedad no puede ser más acertado: Química, “Nuestra Vida, Nuestro futuro”, porque eso, ¡casi nada!, es la Química. Como muy bien dijo Alfredo Pérez Rubalcaba, Vicepresidente Primero del Gobierno y Químico, en la Inauguración oficial de este Año Internacional en España, la Química nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro. Creo sinceramente, que como gente que amamos profundamente nuestra profesión no podemos dejar pasar esta magnífica oportunidad, no podemos desaprovechar esta incomparable caja de resonancia de tamaño planetario, para transmitir a la sociedad una visión mucho más positiva, y por ende mucho más realista, de lo que la Química representa para el progreso, el confort, la sostenibilidad de la evolución socio-económica y la esperanza de vida de la especie humana. Si lográsemos alcanzar esta meta, este Año Internacional de la Química podría convertirse en un escalón trascendental en la historia reciente de nuestro jardín terrenal. Pero no debemos olvidar que los retos que se nos presentan son casi infinitos. El progreso científico no hace más que abrir más y más ventanas, que nos permiten otear horizontes nuevos y

panoramas absolutamente desconocidos, que espolean nuestra curiosidad y que nos plantean nuevos interrogantes a los que dar respuesta. Quizás sea esta la mayor grandeza de esta parcela científica llamada Química, que el objeto de su estudio es no solo cambiante, sino que crece sin pausa. Minuto a minuto los químicos se afanan, en los más dispares puntos del planeta, para poner sobre el mantel de nuestro festín cotidiano, nuevos y succulentos *platos*, nuevos compuestos, nuevos materiales, nuevos medicamentos, cuya caracterización plantea nuevos retos, exige nuevas y diferentes formas de “mirar” su intrínseca novedad, y nos lleva a nuevos mundos intelectuales.

Pero también la química debe afrontar retos de carácter social, alguno de los cuales, como el ya apuntado del reconocimiento ciudadano, están todavía y desgraciadamente lejos de ser alcanzados. Cuando el lector lea el artículo de Carmen Magallón y el artículo de José Manuel Sánchez Ron se dará cuenta de que otro reto irrenunciable es el adecuado reconocimiento del papel de la mujer en el desarrollo de esta Ciencia Central, sí, con mayúsculas. Demos el reconocimiento que sus grandes aportaciones merecen y derribemos de una vez por todas los muros vergonzantes que impiden, a veces, su acceso a cotas de responsabilidad para las que están sobradamente cualificadas. Rompamos de una vez por todas el ignominioso techo de cristal. Sea la Química uno de los sectores donde, con orgullo, podamos clamar que cualquier ser humano, sea hombre o mujer, con capacidad y amor por la ciencia y por el trabajo bien hecho tiene garantizado un camino de progreso.

El Comité Editorial de Anales, para celebrar esta gran efemérides desea haceros llegar dos regalos, uno es este número especial que tenéis en vuestra manos, y al que se han asomado, con diferentes puntos de vista, investigadores preclaros en las diferentes áreas de nuestra disciplina, y que acumulan un significativo número de galardones, que considero innecesario enumerar aquí. El segundo es una edición especial de la Tabla Periódica, esa especie de carta de navegar que identifica el reducidísimo número de piezas, que permiten construir ese inmenso *puzzle* que llamamos Universo.

¡Que disfrutéis ambos!



Manuel Yáñez
Editor General